

fuerza y habiendo hecho marchar á Anaya para atacar á José Antonio en el paso del Moral, lo siguió él mismo y decidió la accion, empeñada ya con Anaya, durante la cual José Antonio pasado por los riñones con una lanzada, se habia retirado á una altura y proponia nuevos términos de avenencia. Rosains entonces cargó sobre él vivamente, lo puso en fuga y habiendo dado en una emboscada formada por Rincon, cayó atravesado de once balazos. Este suceso se verificó en fines de Mayo." El mismo Alaman en una nota añade.

"He referido el suceso tal como lo cuenta Rosains: Teran dice que fué una traicion que se le hizo á José Antonio, y que Rosains para satisfacer su venganza, pasó á caballo varias veces, hollando el cadáver ensangrentado de su enemigo. Lo de las propuestas hechas por José Antonio, y la emboscada formada por Rincon, dá mucha verosimilitud á lo que Teran dice."

Sean ó no ciertos los comentarios poco honrosos que se hacen de Rosains, por la muerte de José Antonio; lo positivo fué que libre ya Rosains de aquel poderoso rival, pudo extender con mas facilidad su dominacion en la provincia de Veracruz, nombrando á Rincon jefe de la costa de Barlovento, y siendo reconocido como comandante general de aquella provincia, el mariscal de campo D. Juan Pablo Anaya y como segundo, D. Guadalupe Victoria, que acendió á coronel Rosains. El célebre presbítero D. Manuel Correa, fué el padrino de Victoria, colocándole las divisas de su nuevo ascenso. Rosains obligado por la escases de recursos, dirijió una comunicacion al consulado de Veracruz, en que les ofrecia á los comerciantes toda clase de garantías para la conduccion de sus efectos, lo mismo que á todos los que transitasen por aquellos rumbos, me-

dante una contribucion que impuso. El consulado sin quererse comprometer por escrito con Rosains, acogió esta disposicion con gusto, porque en el acto comenzaron á remitir efectos á varios puntos y que proporcionó á Rosains, recursos para cubrir sus gastos, y aun habria obtenido mayores ventajas, si otras partidas de independientes que frecuentaban aquellos caminos, no hubiesen exigido á las mercancías nuevos impuestos, á mas de los que ya habian pagado, efecto debido á la desorganizacion en que se encontraban aquellas fuerzas.

Calleja deseoso de quitar á los independientes estos recursos, dió órdenes para que no se permitiese salir ninguna clase de efectos, sino en los convoyes que periódicamente mandaban de aquella plaza.

20. El comandante realista D. Francisco de las Piedras, dió parte desde Tulancingo, que una seccion de las fuerzas independientes, se hallaba próxima á aquella poblacion con el objeto de recojer algun ganado y para impedirlo, ordenó al teniente de granaderos del fijo de Veracruz D. José Toro, que con treinta y dos hombres de su cuerpo y 23 caballos marchase á impedirlo. Con aquella pequeña fuerza emprendió éste su marcha, y sin ninguna prevision; atacó á los independientes que eran en mayor número, á las inmediaciones de la hacienda de San Nicolas, y aunque se batió con brío, habiendo sido flanqueado y envuelto, pereció él con varios oficiales y soldados, quedando prisioneros muchos y otros puestos en fuga. El comandante Piedras que observaba desde la azotea de su casa el combate, mandó al teniente Vasconcelos con sesenta hombres de auxilio, pero éste llegó fuera de hora, porque los independientes se habian retirado al pueblo de Singuilucan, llevándose á los prisioneros y amenazándolos fusilarlos si los realistas los seguian.

Esta accion tuvo lugar el 25 de Febrero, y al siguiente dia se presentó Osorno al frente de Tulancingo, con su division, compuesta de dos mil quinientos hombres, los quinientos de tropa buena y el resto de reclutas. El comandante Piedras, preparóse para resistir á Osorno, tomando las alturas con sus fuerzas y colocando en las avenidas principales y puntos avanzados, tropa. Osorno al llegar al pueblo dió una vuelta al rededor de él y acampó en un cerro inmediato, dispuso luego poner una bandera blanca y por medio de un emisario, dirigió al comandante realista la siguiente intimacion:

INTIMACION.

“Por tercera vez llevo á las trincheras de ésta plaza, y aunque debia escusar esta notificacion en vista de las repulsas en las anteriores, la piedad inseparable de todo jefe americano, me obliga á intimarle la rendicion de dicha plaza, con las capitulaciones que por ambas partes se estimen razonables, advertido que los hechos acreditarán la palabra, que á nombre de la nacion daré, del perfecto cumplimiento.

Mis anteriores acciones contra esa plaza fueron, aunque con mucha tropa, sin armas, pertrechos, ni el orden que dá el tiempo. La victoria es probilísima, y de no haber verificado la rendicion á las once de esta mañana, sufrirá el pueblo los horrores que son consiguientes á una victoria, como espero en el Señor Dios de los ejércitos, la tendré sobre sus murallas. Dios &c. Campo sobre Tulancingo 26 de Febrero de 1814.—*José Osorno.*—Sr. teniente coronel D. Francisco de las Piedras.”

El comandante realista hecho cargo de la inmitacion de Osorno, contestó en los mismos términos, negándose á todo arreglo. Hé aquí la

CONTESTACION

“Los jefes americanos que se glorian de ser fieles al rey y á la patria, y que piensan como las *Piedras* irresistibles con que están cimentadas las murallas de este valiente pueblo, admitirán primero la muerte que la sujecion á un rebelde que con traidores hechos, quiere labrar su fanática y criminal suerte.

El Safiro (cañon llamado así), sus acompañados y este invencible pueblo, lleno de valientes soldados, responderán á vuestras insolentes intimaciones; pidiendo á Dios os saque de los errores á que os arrastran vuestros excesos.

Tulancingo, 26 de Febrero de 1814.—*Francisco de las Piedras.*—Al rebelde José Osorno, general de la farsa.”

Osorno entonces mandó quitar la bandera blanca y puso en su lugar una roja, habiendo quedado muerto de un balazo, el que hizo el cambio de las banderas, y que fué casado por uno de los realistas que ocupaba la altura de la parroquia. Osorno viendo rotas las hostilidades con aquel incidente, dió orden para el asalto, y comenzado éste con brio, pocos momentos despues fué muerto el sobrino de Osorno, lo que dió motivo á que los asaltantes atacasen con mayor denuedo, pero despues de tres horas de una reñida lucha, Osorno dió orden de retirarse á las cinco de la tarde, al cerro que ocupaba; no siéndoles posible á los defensores perseguir á los asaltantes en su

retirada, por los mal trechos que habian quedado. Osorno volvió con su fuerza sin intentar un segundo ataque á Zacatlan, donde tenia establecido su cuartel general, desde cuya poblacion dominaba á los Llanos de Apam. En persecucion de Osorno cuyo nombre se habia ya temible para los realistas, mandó Calleja á Barradas, Conti y Llorenti con fuerzas respetables, pero ninguna ventaja pudieron obtener de Osorno, por lo que el Virrey se vió obligado á unir á estas fuerzas, el batallon de Lobera y dar el mando de ellas á su coronel Márquez Donallo, para que operase sobre las de Osorno, habiendo llegado en aquellos momentos Rayon á Zitácuaro.

El parte referente al asalto de Tulancingo á continuacion lo inserto, así como lo que refiere Bustamante sobre esta accion.

El teniente coronel y comandante de las armas de Tulancingo D. Francisco de los Piedras, ha remetido á esta superioridad el siguiente parte y documentos que le acompañan.

Excelentísimo señor:

Serrado mi diario hasta el 20, impongo á V. E. de lo acaecido hasta hoy. En el 21, 22 y 23 nada ocurrió, el 24 dia del mercado en este pueblo, hice salir 20 hombres de caballería, como acostumbro, para que cuidasen de que los rebeldes no robasen á los traginantes. Retirados á las ocho de la noche, me dió parte el alférez D. Rafael Ricafío que los mandaba, de haber perseguido una gavilla de 6 hombres mas allá de dos leguas de los términos que le previne, pero que nada logró. El 25 recibido aviso á las siete de la mañana, que á la distancia de tres cuartos de

de legua hacian batida á los ganados 8 ó 10 malvados, hice salir luego al alférez de lanceros de Veracruz D. José Toro, con 23 infantes y 23 caballos, y le previne que dejando la infantería en la hacienda de San Nicolás, evitase con la caballería se llevasen el ganado, y aunque no habia noticia de ninguna reunion gruesa por estas inmediaciones, sin embargo respecto á que el bosque inmediato está demasiado tupido, le advertí tomase las precauciones prudentes, para que no fuese sorprendido de alguna emboscada. La curiosidad de los vecinos que subieron á las azoteas á ver el resultado de esta salida, me proporcionó el saber que se hallaba un gran número de rebeldes á la falda del monte. Visto el terrible fuego que por una y otra parte se hacian, hice salir en el momento al teniente del del fijo de Veracruz D. Mariano Vasconcelos con 30 infantes urbanos é igual número de caballos, para que auxiliase á Toro, y en su union atacasen vivamente á la chusma, haciéndole entender que en el momento me les reuniria yo con un cañon y los infantes que pudiese recojer. En estas prevenciones me mandó Vasconcelos aviso, de que antes de su llegada los rebeldes habian envuelto á la infantería y al oficial Toro, cuyo cadáver con otros 8 encontró en el campo, y que ya desaparecido el enemigo, aguardaba mis órdenes en la hacienda de San Nicolás.

Sorprehendido mi corazon de este inesperado catástrofe, sentí que en él vivamente sopló la llama de vengar la muerte de estos guerreros recomendables, por treinta y cinco acciones gloriosas y tres años de campaña así decidido á alcanzar los monstruos que me habian separado de mis apreciables compañeros de armas, apresuré mi marcha, no obstante mi corta fuerza; pero ésta, siempre valiente y entusiasmada, redobló su valor á la vista de los cadáveres de

sus compañeros, y con un denuedo capaz de arrostrar los mayores peligros por los rastros y regueros de sangre que advertimos, marchabámos con celeridad al alcance: mas á poco, unos pulqueros que se encontraron, me informaron que los asesinos habian pasado ya del pueblo de Zinguilucan, cinco leguas distante de donde yo me hallaba, que en las muchas brabatas que les oyeron vertir dijeron, que luego que avistasen tropas en su persecucion, para desembarazarse darian muerte á los 32 prisioneros que llevaban.

Estos viles hechos que la experiencia me ha acreditado ponen en ejecucion los enemigos, la distancia á que me hallaba y el abandono que por dos ó tres dias era preciso hacer de este pueblo, tiempo en que podrian perjudicarlo las gavillas de Osorno, situadas á doce leguas al Sur, me hicieron desistir de su persecucion y regresarme á este pueblo.

El 26 conocí que mi anterior determinacion, habia sido movida por aquella providencia particular con que el Altísimo cuida de este fiel pueblo, pues á las siete de la mañana sin saberse lo mas mínimo, se presentaron 500 hombres de infantería y caballería, viniendo á corta distancia como otros 2,000 de toda chusma, manifestando en su traje y rapiñas que ejecutaron, ser pertenecientes á las gavillas de facciosos.

V. E. desde luego comprenderá cuan irritado se hallaria mi espíritu, contra los malos vecinos del tránsito que cuando no sean insurgentes, la apatía y egoismo con que se conducen los hacen culpables; pero ya sobre esto tomo severísimas providencias. Reconocida la fuerza de los malvados y su intento de atacarme, dispuse se guarneciesen los puntos de fortificacion con urbanos y tropas de línea, mandando los del Sur el sargento de patriotas D. Juan

Villalobos, D. Juan Moreno, sargento de dichos; D. Ignacio Cázares, capitan D. Manuel Ortíz, D. Mariano Ocariz, teniente de patriotas D. Anastacio López y D. Juan Murguiondo: todos bajo las inmediatas órdenes del comandante de este rumbo, capitan del regimiento provincial de México marqués de Sierra Nevada, como igualmente la fortificacion de la torre custodiaba el teniente de patriotas de esta poblacion D. Francisco Villaverde. Los ocho puntos restantes del Norte, custodiados por el capitan de patriotas D. Felipe Mayoral, D. Sixto Doria, teniente de los mismos D. Miguel de la Rosa, el de su propia clase D. José María Ibarra, D. Juan Saravia, D. Juan Mayobre, D. Homobono Amaroa y D. Ignacio Baños, mandando este rumbo el capitan comandante de patriotas D. José Sebastian Ibarra. El puente del Norte fué defendido por el sargento del fijo de Veracruz Mariano Hernandez, y el alférez de patriotas D. José María Alcántara, habiendo cubierto el del Sur el teniente de dragones de Tulancingo D. Martín Cazuso. Colocados los 9 cañones en los puntos sobre que mas cargaron, encargados los del Norte al capitan de voluntarios de Cataluña D. Benigno Morales, y los del Sur al de patriotas D. Antonio Tono, y puesta la caballería al mando del capitan de esta arma D. Antonio Castro, para que circulando el recinto auxiliase al punto que mas lo necesitase, nos dispusimos a resistir el ataque que nos dieron 2,500 rebeldes, acaudillados por José Osorno, que se nombra general, sus hermanos Cirilo y Vicente, su sobrino Juan, los coroneles de farsa Espinosa, Inclan, Serrano, Pozos, Mecón, Mariano Montaña, Diego Manilla y demas de menor grado.

El semblante festivo de todos estos habitantes que los que no tenian armas acopiaban piedras y se subian á las

azoteas: los deseos que manifestaban de llegar á las manos con los rebeldes; y sobre todo la tranquilidad y el pronto cumplimiento á mis órdenes, presagiaban la victoria. Observando los movimientos del enemigo estuvimos en inacción hasta las diez y media de la mañana, hora en que fijando sobre el cerro (padrastró de este pueblo) una bandera blanca, y desplegando su gran grueso en formación de batalla, recibí la intimación de Osorno, para que me rindiese, que bajo el número 1 incluyo á V. E. con mi respuesta que signo con el número 2. A las once, hora que me prefijaron, entendiendo por mi contestación que despreciaba sus propuestas, quitaron ésta poniendo en su lugar una encarnada; pero al rebelde que hacia este cambio de banderas, un tiro dirigido del parapeto de la iglesia, le dió con la muerte, el castigo merecido. A poco haciendo, vivísimo fuego por gruesos trozos, cargaron sobre varios puntos: el acertado nuestro, causándoles extrago, los hizo á las tres horas replegarse al cerro, donde se mantuvieron hasta las cinco de la tarde continuando el fuego, y destacando de cuando en cuando partidas de caballería: á dicha hora conocí por sus movimientos que se retiraban.

Mi espíritu se llenó de ira porque no llegando el refuerzo que esperaba de los puntos militares de mi mando, no podía salir á perseguirlos. Ellos sin duda temieron me viniese este auxilio, y no obstante sus fuerzas físicas, cobardes desistieron de su intento dejando en el campo 20 cadáveres, llevándose muchos heridos y según las noticias de los hacenderos y arrieros que los encontraron en su retirada, conducen 5 de sus oficiales muertos, entre ellos Juan Osorno, cuya pérdida les ha sido muy sensible. No consiguieron mas fruto sino el que muriese el artillero de patriotas D. Ignacio Salgado, que servia el cañón de la

iglesia, y el consiguiente á su rapiña y robo de llevarse algunos ganados de varias fincas.

Hasta el 27 en la noche no conseguí el refuerzo que pedí á mis destacamentos. En la misma hora formé una columna de 90 hombres de caballería, que al mando del capitán de esta arma D. Antonio Castro y el de su guarda campos de Acatlan D. Rafael Durán, hice salir para Zinguilucan con el fin de que condujesen aquí ocho heridos de la acción del 25, que tuve noticias que á instancias de aquel cura dejaron allí, y concebí las esperanzas de que no obstante el tiempo que había mediado se castigarían algunos de los asesinos de mi tropa. Con efecto á la una de la tarde del 28 volvieron Castro y Durán, trayéndome los 8 heridos y 2 rebeldes, que según sus confesiones asistieron á los ataques de 25 y 26, á quienes daré el castigo que merecen sus atrocidades. Los cabecillas que me atacaron escarmentados se han dispersado, tomando cada cual su destino. V. E. por los estados que le tengo dirigidos, sabe muy bien la cortísima fuerza con que rebajada la de 41 hombres entre muertos, heridos y prisioneros el 25, resistí á 2.500 insurgentes el 26.

A nadie recomiendo en particular, todos á porfía llenaron sus deberes; mis ayudantes el teniente del hijo de Veracruz del Norte D. Marcos Dominguez, el patriota D. Mariano Cuadra y el decidido Br. D. Luis Mendez que con la mayor actividad comunicaron mis órdenes, acompañándome á reconocer los puntos, el capitán retirado D. José Antonio Mondoño y el alférez de patriotas del real del Chico D. José María Villar que por casualidad se hallaba en este pueblo, el que por el sentimiento de venganza de que estaba penetrado por la pérdida de sus defensores, tuvo las mas decididas disposiciones, á las que cooperó con

sus enérgicas exhortaciones su cura el Dr. D. Manuel de Avila y Matío.

Dios guarde á V. E. muchos años. Tulancingo, 28 de Febrero de 1814.—Exmo. Sr.—*Francisco de las Piedras*.—Exmo. Sr. D. Félix María Calleja virey, gobernador y capitán general de esta nueva España.

Bustamante dice lo siguiente:

Los ataques de Tulancingo por la division de Osorno del 25 y 26 del año de 1814, comenzaron en el potrero de la hacienda de San Nicolás. El 25, á la madrugada, supo el comandante D. Francisco Piedras que estaba en dicha hacienda una partida de americanos, é hizo salir inmediatamente una division de infantería y caballería al mando del teniente de granaderos del Fijo de Veracruz D. José Dolores Toro: ésta llegó á la entrada del potrero de dicha hacienda de San Nicolás; y al pasarle, advirtió el oficial de caballería lo mal que hacia, porque en la falda del monte se percibia mucha gente, y les seria muy fácil cortarles la retirada; mas Toro no se embarazó y les manifestó su desagrado, atribuyendo esta reflexion á efecto de miedo, por lo que el de caballería se sujetó á continuar su marcha; pero el temor de aquel oficial fué muy fundado, porque los americanos dieron el frente en el llano para llamar la tropa, como sucedió, y luego que habian avanzado, se desplegó una columna de caballería, y cortándoles la retirada los pusieron en desórden y mataron muchos granaderos del Fijo de Veracruz y al comandante Toro: hirieron á otra porcion que los mismos llevaron á Singuiluca, y otros fueron prisioneros: á los prisioneros solo las armas les quitaron, dejando sus cuerpos con sus vestidos.

Mucha parte de los vecinos principales de aquel pueblo

estaban en la garita que llaman de México esperando el resultado de la accion, y entre ellos estaba el marqués de Sierra Nevada, que era mayor general. En aquel pueblo se presentaron como á las nueve de aquella mañana, dos dragones cubiertos de polvo y lodo, anunciando la derrota que habian sufrido, de lo que irritado dicho marqués, les dió de palos y los mandó poner el cepo de cabeza, porque habian llevado aquella noticia, falsa en su juicio, pues era imposible derrotasen á las tropas del gobierno. Sin embargo de esa noticia y otras que acaso recibiria el comandante, hizo que se tocase generala y saliese él mismo con la poca tropa que se juntó, y muchos patriotas y paisanos á distancia como de media legua; pero noticioso de que se habian retirado los americanos, se retiró esta partida al pueblo.

Se mandaron recoger los cadáveres, y se depositaron en la capilla de la hacienda de Santa Isabel, de donde á las seis de la tarde los condujeron en angarillas á darles sepultura en el cementerio de la parroquia, y al efecto estaba abierta una fosa donde los enterraron.

El dia siguiente, 26 de Febrero, se avisó como á las siete de la mañana que se aproximaban los americanos. Esto puso en movimiento al vecindario; se levantaron los puentes y se tocó generala, y como á las nueve y media se descubrieron venir formados por las labores de la hacienda de San Francisco. El comandante distribuyó las fuerzas que tenia en las fortificaciones, y parte subió á la iglesia. Los americanos, en número como de ochocientos, dieron vuelta á todo el pueblo sin empeñar ninguna accion, y solo en el cerro del Tezontle se situó una partida de infantería que hacia fuego á los que ocupaban la iglesia, y de éstos un criado que estaba de espectador murió de una